

Vecinos de Boo exigen la instalación de un sismógrafo en El Picu

Reclaman que se controle la gran roca que amenaza con caer sobre el pueblo

Boo (Aller),
C. M. BASTEIRO

Los vecinos de Boo están en pie de guerra. La asociación vecinal reclama la instalación de un sismógrafo en la zona alta del pueblo para medir los movimientos de una gran roca que amenaza con caer sobre los barrios de El Picu y La Fontica. La caída de la peña podría causar un deslizamiento de la ladera que pondría en riesgo a toda la localidad. La Universidad de Oviedo tenía previsto instalar el medidor pero, hasta el momento, no se ha realizado ninguna actuación.

La situación, alertan los vecinos, es "de sumo peligro". La base de la roca se está agrietando con rapidez y la estabilidad empeora cada día. "Si no se actúa, en

unas semanas podría ocurrir una desgracia", afirmaron desde la asociación. Los principales afectados son los vecinos con viviendas en El Picu y La Fontica. Hay cinco casas



Un vecino, ante la piedra que presenta grietas en la base. | FERNANDO GEIJO

que se encuentran justo debajo de la roca. Lo que temen los vecinos (también los expertos que han visitado la zona) es que la caída de la piedra arrastre la ladera y produz-

ca un movimiento de tierras que afecte a toda la localidad.

Los vecinos han buscado y han encontrado apoyos. El pasado mes de febrero recogieron centenares de firmas para exigir una solución al Principado. El gobierno local (PSOE) dio una respuesta rápida y buscó ayuda entre los técnicos de la Universidad de Oviedo. Aseguraron que la mejor solución era la instalación de un sismógrafo para controlar los movimientos de tierra.

No obstante, hay otros planes sobre la mesa. Los técnicos también han estudiado la posibilidad de instalar una sirena para alertar del peligro al pueblo si la roca se mueve de forma brusca. Desde la asociación de vecinos aplauden cualquier medida que pueda proteger a la localidad y agradecen el respaldo de la administración local, pero quieren que se actúe con rapidez.

Desde mi atalaya turonesa

Muchas gracias, don Carlos

La trayectoria del catedrático Carlos Conde, un profesor que con su sabiduría ayudó a muchos estudiantes



Manuel Jesús
López, "Lito"

Existen variadas razones para traer a esta sección la memoria de un ingeniero de Minas fallecido el pasado año, y una de ellas es el hecho de que estos profesionales han sido figuras muy familiares a los turoneses, pues ellos rigieron los destinos del Valle en los últimos ciento cincuenta años pilotando los negocios hulleros que tanto lustre dieron a Turón.

Recuerdo muy bien que al terminar el Preuniversitario en el Instituto "Bernaldo de Quirós" a pesar de no haber suspendido nunca aquella asignatura, era consciente de la necesidad de reforzar conocimientos si quería ingresar en una Escuela Técnica como era mi propósito. Entonces, desde primeros de julio recibí lecciones de un veterano estudiante de Mieres del Camino próximo a alcanzar la licenciatura de Minas en Madrid y, transcurridas varias semanas, comenzó la explicación del cálculo de límites de funciones utilizando infinitésimos equivalentes.

Fue cuando exclamó de forma rimbombante al reducido grupo que conformábamos su clase:

"Hoy habéis entrado en el dominio de las Matemáticas Superiores". Ni que decir tiene que aquella soleada mañana de agosto, salimos de su casa con el pecho que no nos cabía en la camisa. No obstante, quedaban muchas batallas que librar en aquella disciplina. Algún tiempo después, en 1970, comenzando el estudio de la última asignatura de Matemáticas de la Escuela de Minas de Oviedo, el llamado "Análisis", fue donde me topé con el catedrático don Carlos Conde, nuestro protagonista de hoy.

Consciente de que su asignatura estaba considerada como la "llave" de la licenciatura, sus clases estaban rodeadas de tal solemnidad que, guardando las distancias, tenían el perfume de la celebración de una misa. En otras materias, el número de matriculados oscilaba entre veinte y treinta alumnos; en cambio, en su aula había hasta ciento cincuenta asistentes de los que, por supuesto, la inmensa mayoría eran repetidores de uno, dos y hasta cinco o seis años.

En octubre se iniciaba el curso con la revisión del concepto de integral simple y concluía en junio con las funciones armónicas y problemas de contorno en E2. En total unos cuarenta sustanciosos capítulos que generaban miles de problemas de los que unos pocos se resolvían en clase y el conocimiento del resto dependía del trabajo personal de cada uno. Al entrar don Carlos en clase, le esperábamos todos de pie y al llegar a la mesa con aquella severidad que le caracterizaba, la misma frase de siempre: "Siéntense señores". Acto seguido escudriñaba la lista para sacar a uno a la pizarra. Eran momentos en que te invadía tal congoja que te sentías mal de verdad, vamos como en los instantes anteriores a sentarte en el sillón del dentista, pues suponía un suplicio estar allí ante la presencia de todos los compañeros, sometido a preguntas no sólo del tema del día sino de cualquier capítulo de cursos anteriores, aunque siempre relacionado con aquel.

A la larga, durante todo el tiempo que allí permanecía el alumno sentía una sensación de desnudez que no resultaba nada agradable. En el transcurso de sus clases que eran maratónicas, pues duraban hasta tres horas sin apenas descanso, con una exposición clara, sin inmutarse, pero con su aspecto característico iba desgranando fórmulas, desarrollando teoremas y allí no se oía ni el zumbido de una

mosca. Si hablamos de los exámenes, aquellas pruebas de junio y de septiembre, duraban una tarde entera y constaban de tres grandes apartados que se repartían entre la sección teórica y práctica. Eran sesiones agotadoras y para aprobar no bastaba desarrollar correctamente, por ejemplo, dos de las tres partes lo que suponía desde el punto de vista aritmético un seis sobre diez puntos. ¡Había que hacer bien las tres partes!. Y doy fe de ello pues fue lo que tuve que hacer cuando superé la asignatura; sin embargo en la convocatoria anterior recuerdo haber contestado perfectamente a dos partes de las tres y me calificó como insuficiente. Y así ocurría año tras año con todo el mundo. Su exigencia era, pues, extrema y, además, muy puntilloso con la sintaxis y la ortografía. Exigente pero justo, términos que aunque lo parezca no están enfrentados. No bastaba saber para aprobar. Había que demostrarle que dominabas todo el programa tanto en el aspecto teórico como en el práctico.

Pero don Carlos era una de esas personas singulares que te dejan huella pues hay algo impregnado en tu alma que siempre te remite a su figura. Con cierta frecuencia traía a colación conceptos relacionados con los entes que manejábamos a diario, conceptos que no estaban en el programa pero, por el contrario que había que considerar como sabidos y que nunca nadie nos había explicado. Aparte de su sabiduría, este era uno de los aspectos capitales de su personalidad. Difícil de olvidar el momento en que nos demostró que "Toda recta es curva" o que "Sólo algunas curvas son rectas". Habíamos estado manejando curvas y rectas a destajo desde los tiernos años de la infancia cuando aterrizamos por primera vez en el campo de la Geometría y sin embargo nadie había llegado a tal sutileza. Ha quedado

grabado en mi cerebro de forma indeleble el día que nos definió el infinito como un adjetivo calificativo. Cayó sobre nosotros como una bomba. Estaba mezclando un término matemático con un concepto gramatical. ¡Menudo cóctel! Cuando se oye tal declaración por primera todo esto suena a algo irreal. Se siente uno inmerso en un océano de confusión, pues en un principio tal definición parece que viene a quebrar el sentido del rigor y la exactitud, tan propios de las Matemáticas; pero, pasados los primeros momentos de caos mental nos convencía de que aquella afirmación encajaba con la realidad. Semejantes detalles gustaba mucho de que se reflejaran en las pruebas decisivas si venían al caso influyendo en la calificación sólo si el alumno ya había superado el examen.

Con la perspectiva que proporciona el paso de los años, uno descubre que aquel semblante duro y aquella exigencia casi ilimitada de don Carlos era, en realidad, una coraza que se ponía, una especie de disfraz ante sus discípulos. Decimos esto porque el viejo profesor fuera de la clase sufría una transformación, su semblante se dulcificaba y he tenido ocasiones para comprobarlo. Al poco tiempo de conocerle me fue necesario pasar por su despacho para solucionar una indeseada incorporación a filas sólo achacable a un despiste mío que, en caso de no evitarla, me obligaría a perder dos cursos académicos. No me duelen prendas al confesar que a pesar de tener ya veintidós años me temblaban un poco las piernas ante su presencia. Tal era la sensación de respeto que infundía. Ciertamente también eran otros tiempos pero su figura imponía y, en general, la disciplina en la Escuela de Minas era, todo hay que decirlo, un tanto castrense, muy diferente del ambiente que reinaba en otros centros universitarios del Distrito.

Empero, cuando salí de aquella estancia estaba confundido agradablemente. Nada de hosquedad en su carácter; al contrario, me trató con una amabilidad inesperada comprometiéndose a resolver favorablemente mi problema. Al saber que era de Turón se interesó por el nombre de sus explotaciones mineras y recuerdo haberle respondido que yo había nacido, precisamente, entre dos pozos, los de Santa Bárbara y San José. Percibí en aquel despacho su otra cara: un rostro afable con voluntad de ayudar si estaba en su mano hacerlo.

Concluidos mis estudios y una vez que ingresé en el Ayuntamiento de Oviedo, cuando le veía esporádicamente por la ciudad, lo saludaba y me reconocía al instante. La última vez que le vi fue en 2012 en el Club de Prensa Asturiana de LA NUEVA ESPAÑA con motivo de una charla sobre el conocimiento científico y la existencia de Dios en la él que formaba parte de la mesa de conferenciantes. Le felicité al finalizar el acto y su respuesta envuelta en una sonrisa fue la siguiente: "Gracias. Le recuerdo perfectamente. De Turón ¿verdad?."

Con este profesor —para mí el más importante de los muchos que he tenido— no sólo aprendimos a calcular integrales triples o a resolver sistemas de ecuaciones diferenciales, pongamos por caso, sino también a cultivar una serie de valores, actualmente bastante deteriorados, como la seriedad, el compromiso, el respeto hacia nuestros congéneres y la exigencia sobre nosotros mismos. Ahora que se encuentra en el infinito, el que definió de forma tan magistral, no dudo habrá muchos como yo de los que pasaron por su aula, que harán suya esta frase, que, en justa correspondencia, responde al sentido de toda una vida al servicio de los demás: "Muchas gracias don Carlos".